

Yo estaba esperando nerviosa ante el ventanal de nuestra sala de estar, tratando de ver algo a través de los cristales empañados por el frío. De un momento a otro, el Volvo familiar de Randy subiría por la rampa de la entrada. Randy había ido al aeropuerto Logan a recoger a su hijo Elec, que iba a pasar un año con nosotros porque su madre se iba al extranjero por motivos de trabajo.

Randy y mi madre, Sarah, solo llevaban casados un par de años. Mi padrastro y yo nos llevábamos bien, pero tampoco puedo decir que estuviéramos muy unidos. Esto es todo lo que sabía sobre la vida anterior de Randy: su exmujer, Pilar, era una artista ecuatoriana afincada en la zona de la bahía de San Francisco, y su hijo era un punk tatuado a quien, según él, siempre le dejaban hacer lo que quería.

Yo nunca había visto en persona a mi hermanastro, solo lo conocía por una fotografía que le habían hecho hacía años, poco antes de que Randy se casara con mi madre. Por la foto, se veía que seguramente había heredado el pelo oscuro y el tono bronceado de la piel de su madre sudamericana, pero también tenía los ojos claros y las facciones más finas del padre. Tenía un aspecto pulcro. Pero Randy decía que últimamente Elec se había vuelto muy rebelde. Y eso incluía hacerse tatuajes cuando solo tenía quince años, meterse en líos por beber aunque aún no tenía la edad y fumar porros. Randy le reprochaba a Pilar que fuera tan permisiva, que se centrara demasiado en su carrera y dejara que Elec se saliera siempre con la suya.

Y por lo que decía, la había animado a aceptar un puesto temporal dando clases para una galería de arte en Londres para que Elec, que ahora tenía diecisiete años, pudiera venir a vivir con nosotros.

Porque, aunque Randy viajaba un par de veces al año al oeste, no estaba allí de forma continuada para poder disciplinar a su hijo. Eso era

algo que le carcomía, y decía que estaba impaciente por tener la oportunidad de meterlo en vereda durante el año que iba a pasar con nosotros.

Yo seguía mirando la nieve sucia que bordeaba la calle, con una fuerte sensación de hormigueo en el estómago. Mi hermanastro californiano no se iba a sentir muy bien acogido con aquel gélido tiempo de Boston.

Tenía un hermanastro.

La idea me resultaba rara. Ojalá nos lleváramos bien. Yo era hija única, y siempre había querido tener un hermano. Me reí por ser tan idiota y pensar que de la noche a la mañana nos íbamos a convertir en almas gemelas, como los dichosos Donny y Marie Osmond, o Jake y Maggie Gyllenhaal. Esa mañana, había oído una vieja canción de los Coldplay que ni siquiera sabía que existía, «Brothers and Sisters». En realidad no habla de hermanos de verdad, pero me convencí a mí misma de que era un buen presagio. Todo iría bien, no había por qué tener miedo.

Mi madre no dejaba de trajinar mientras acababa de preparar la habitación de Elec, y parecía tan nerviosa como yo. Había convertido el despacho en un dormitorio. Mamá y yo habíamos ido juntas a Walmart a comprar sábanas nuevas y otras cosas. Me resultaba extraño elegir cosas para alguien a quien no conocía. Nos decidimos por el azul oscuro para la ropa de cama.

Empecé a musitar por lo bajo, pensando en lo que le iba a decir, de qué podríamos hablar, qué cosas nuevas podía enseñarle aquí. Era emocionante, pero por otro lado también me ponía muy nerviosa.

Oí el sonido de la puerta de un coche, me levanté como movida por un resorte del sofá y me puse a plancharme la falda.

Tranquila, Greta.

La llave giró en la cerradura. Randy entró solo y dejó la puerta un poco entornada, así que el aire gélido se coló en la habitación. Unos minutos después, oí el crujir de pasos sobre la capa de hielo que cubría el camino, pero Elec seguía sin aparecer. Seguramente se había quedado plantado ante la entrada. Randy asomó la cabeza por la puerta.

—Entra de un puta vez, Elec.

Cuando apareció en el umbral, se me hizo un nudo en el estómago. Tragué con fuerza y lo observé durante unos segundos, mientras sentía que el corazón me latía más y más deprisa, porque aquel chico no se parecía en nada al de la foto que me habían enseñado.

Elec era más alto que Randy, y el pelo corto de la fotografía se había convertido en un revoltijo negro y desordenado que casi le tapaba los ojos. Olía a cigarrillos, o a lo mejor era tabaco de pipa, porque el olor era más dulzón. Llevaba una cadena colgando de los vaqueros. Elec no me miró, así que aproveché para seguir observándolo mientras él tiraba su bolsa al suelo.

Plop.

¿Había sido mi corazón o su bolsa?

El chico miró a Randy, y habló con voz rasposa.

—¿Dónde está mi cuarto?

—Arriba, pero tú no te vas a ningún sitio hasta que no le digas hola a tu hermana.

Cuando oí aquella palabra me encogí y sentí que todos los músculos de mi cuerpo se ponían en tensión. Yo no tenía ningunas ganas de ser su hermana. Primero, porque cuando se volvió hacia mí parecía que tenía ganas de matarme. Y dos, porque en cuanto pude verle la cara, me di perfecta cuenta de que, si bien mi mente recelaba de él, mi cuerpo se había quedado prendado, y hubiera dado lo que fuera porque no fuera así.

Sus ojos se clavaron en los míos como puñales, pero no dijo nada. Yo me adelanté unos pasos, me tragué mi orgullo y extendí la mano.

—Soy Greta. Encantada de conocerte.

Él siguió sin decir nada. Pasaron unos segundos, y al final me cogió de la mano a desgana. Me la apretó desagradablemente fuerte, casi me hizo daño, y la soltó enseguida.

Yo carraspeé.

—Eres distinto... a como te había imaginado.

Él me miró pestañeando.

—Y tú pareces muy... normalita.

Me sentía la garganta como si estuviera a punto de cerrármeme. Por un momento, había pensado que me estaba dedicando un cumplido, pero eso fue antes de que rematara lo de «muy» con «normalita». Lo más triste es que si me hubierais preguntado cómo me sentía allí plantada ante él, seguramente habría dicho eso mismo, como alguien demasiado normalita.

Sus ojos me miraban de arriba abajo con expresión glacial. Aunque su personalidad me resultaba odiosa, físicamente me parecía alucinante, y eso me ponía mala. Tenía una nariz recta, la mandíbula marcada. Unos

labios perfectos, demasiado perfectos para toda la mierda que estaba segura que salía de ellos. Físicamente, era el hombre de mis sueños, pero en todo lo demás, era mi peor pesadilla. Y aun así, no estaba dispuesta a dejar que viera que sus palabras me afectaban.

—¿Quieres que te enseñe tu cuarto? —le pregunté.

Él no hizo caso. Recogió sus bolsas y fue hacia las escaleras.

Genial. Está yendo genial.

Mi madre apareció entonces por las escaleras y le dio un abrazo a Elec.

—Me alegro tanto de poder conocerte por fin, cielo.

Él se puso totalmente rígido y se apartó.

—Ojalá pudiera decir lo mismo.

Randy fue como una exhalación hacia las escaleras, señalando con un dedo.

—Déjate de hostias, Elec. Dile hola a Sarah como Dios manda.

—Hola a Sarah como Dios manda —repitió él con voz monótona mientras empezaba a subir las escaleras.

Mi madre apoyó una mano en el hombro de Randy.

—No pasa nada. Ya se le pasará. Déjalo tranquilo. No debe de ser fácil para él mudarse a la otra punta del país. Y aún no me conoce. Solo está siendo un poco aprensivo.

—Está siendo un cabrón maleducado.

Guau.

Debo decir que, a pesar de lo mal que se estaba portando Elec, me sorprendió oír a Randy hablar así de su hijo. Mi padrastro nunca utilizaba ese tipo de vocabulario conmigo, pero también es verdad que yo nunca había hecho nada para merecerlo. Pero sí, Elec estaba portándose como un cabrón maleducado.

Esa noche, el chico se quedó en su cuarto. Randy entró una vez, y oímos que discutían, pero mamá y yo decidimos dejar que se arreglaran entre ellos y nos mantuvimos al margen de lo que fuera que estaba pasando.

Cuando subí arriba para ir a mi cuarto, no pude evitar detenerme un momento ante su puerta. Y pensé si aquel aislarse de nosotros era un indicio de cómo iban a ir las cosas aquel año, si es que realmente aguantaba un año allí.

Fui al cuarto de baño para lavarme los dientes y cuando abrí la puerta pegué un bote, porque me encontré de cara con él, desnudo, secándose,

recién salido de la ducha. El vapor y el olor a gel de baño masculino impregnaban el aire. Por alguna razón incomprensible, en vez de salir corriendo, me quedé petrificada. Y, lo más perturbador, él, en vez de cubrirse con la toalla, la dejó caer al suelo con indiferencia.

Abrí la boca como una idiota.

Mis ojos se quedaron clavados en su pene unos segundos y luego subieron hasta los dos tréboles que tenía tatuados en el torso musculoso y el tatuaje que le cubría todo el brazo izquierdo. Tenía el pecho empapado. Y llevaba un piercing en el pezón izquierdo. Cuando mis ojos se posaron por fin en su cara, fueron recibidos por una sonrisa perversa. Traté de decir algo, pero no me salían las palabras.

Finalmente, sacudí la cabeza.

—Um..., oh, Dios —dije—. Pero qué... qué... es mejor que me vaya.

Me di la vuelta para salir, pero su voz me hizo pararme en seco.

—Te portas como si nunca hubieras visto a un tío desnudo.

—En realidad no.

—Pues lo siento por ti. Lo vas a tener muy chungo para encontrar otro que esté a la altura.

—Te lo tienes un poco creído, ¿no?

—Tú dirás. Motivos no me faltan.

—Jo, te portas como un...

—¿Como un gili-pollas gigante?

Era como estar ante un accidente de coche y no ser capaz de apartar la mirada. Me había puesto a mirarle otra vez de arriba abajo. Pero ¿qué me estaba pasando? Lo tenía desnudo delante de mí y era incapaz de moverme.

Madre mía... lleva un piercing en la punta del pene. Menuda forma de ver mi primer pene.

Elec interrumpió mi estado de contemplación.

—Oye, no sé si hay mucho más que decir, así que si no piensas hacer algo, lo mejor es que te abras y me dejes acabar de vestirme.

Yo sacudí la cabeza con incredulidad y cerré de un portazo al salir.

Corrí a mi habitación con las piernas temblorosas.

¿Qué ha pasado?

2

—¿Cómo está hoy tu queridísimo hermanastro? —preguntó Victoria.

La cama chirrió cuando me tiré encima sobre el estómago, y suspiré al teléfono.

—Igual de gilipueñas.

No le había contado a mi mejor amiga nada sobre el espectáculo que Elec había dado el viernes por la noche en el cuarto de baño. Me daba muchísima vergüenza, y decidí guardármelo para mí. Aquella primera noche acabé pasándola en vela, buscando información sobre piercings en el pene en Google. Y dejad que os diga una cosa, si a alguien se le ocurre buscar inocentemente «príncipe Alberto» se va a llevar una buena sorpresa.

Ya era domingo, y al día siguiente Elec iba a empezar en mi instituto, en el último curso, igual que yo. Lo que significaba que los demás no tardarían mucho en conocer al idiota de mi hermanastro.

Victoria parecía sorprendida.

—¿Aún no te habla?

—No. Esta mañana ha bajado para ponerse unos cereales y se los ha llevado a su cuarto.

—¿Por qué crees que se porta así? Parece que lleva un palo metido en el culo.

Pues tendrías que ver su otro palo.

—Hay muy mal rollo entre él y Randy. Estoy tratando de no tomármelo como algo personal, pero es duro.

Duro, muy duro. ¡Dios, no me lo puedo quitar de la cabeza!

El sombrero de un champiñón con un piercing.

Mierda.

—¿Crees que me gustará? —preguntó Victoria.

—¿A qué te refieres? Ya te lo he dicho..., es un demonio —le espeté.

—Ya lo sé..., pero ¿crees que *a mí* me gustará?

Sinceramente, yo sabía que era justo el tipo de chico que le gustaba a Victoria. Le gustaban los tipos con aire malhumorado y oscuro incluso cuando no eran tan guapos como Elec. Que es otro de los motivos por los que preferí guardarme los detalles de nuestro encuentro en el cuarto de baño. Si se enteraba de que tenía un piercing en el pene, no me la podría quitar de encima y la tendría siempre en casa. Aun así, no tardaría en descubrir qué aspecto tenía, por eso decidí ser sincera.

—Está como un tren ¿vale? Solo con mirarle me sofoco. La verdad es que el físico es lo único bueno que tiene.

—Vale, me voy para allá.

—Ni hablar —dije, y reí, aunque en el fondo, la idea de que Victoria tratara de ligarse a Elec me incomodaba, incluso aunque creyera que no le fuera a hacer ningún caso.

—Bueno, entonces, ¿qué planes tienes para esta noche?

—Pues en realidad, antes de conocerle y descubrir que es un imbécil, se suponía que yo tenía que preparar la cena para todos. Ya sabes... mi especialidad.

—Pollo *tetrazzini*.

Y yo me reí, porque era el único plato que me salía bien.

—¿Cómo lo sabes?

—A lo mejor podrías servir una buena lata de mala hostia disimuladamente para el encanto de tu hermanastro.

—No pienso seguirle el juego. Lo voy a asfixiar de tanta amabilidad. No me importa lo capullo que sea conmigo. Lo peor que puedo hacer es dejar que vea que me afecta.

Mamá me ayudó a poner la mesa mientras esperábamos que los *tetrazzini* se acabaran de hornear. El estómago me rugía, pero era más por nervios que por el olor a salsa de crema y ajo que llegaba del horno. No me entusiasma precisamente la idea de sentarme a la misma mesa que Elec, por mucho que hubiera accedido voluntariamente a acompañarnos.

—Greta, ¿por qué no subes a ver si quiere bajar?

—¿Por qué yo?

Mi madre descorchó una botella de vino. Ella era la única que iba a beber, y seguramente lo necesitaría. Se sirvió un poco y dio un sorbo.

—Mira, entiendo que yo no le guste. Me ve como a un enemigo, y en cierto modo es probable que me culpe porque sus padres no están juntos, pero no tiene ninguna excusa para tratarte mal también a ti. Tú sigue intentando acercarte a él, a ver si puedes hacer que se abra un poco.

Me encogí de hombros. Mi madre no tenía idea de lo abiertas que se habían visto las cosas la otra noche en el cuarto de baño: abiertas de cojones.

Mientras subía las escaleras, en mi cabeza no dejaba de sonar el tema principal de *Tiburón*. La idea de llamar a su puerta me aterraba, y no sabía qué podía encontrarme si llegaba a abrirme.

Llamé.

Para mi sorpresa, Elec abrió enseguida. Llevaba un cigarrillo de clavo en la boca. El olor dulzón del humo me llegó enseguida a la nariz. Dio una larga calada y entonces, muy despacio, me echó el humo expresamente en la cara. Hablaba en voz baja.

—¿Qué?

Traté de parecer indiferente, hasta que una tos incontrolable empezó a sacudirme.

Muy bien, Greta, sí, señor.

—La cena casi está lista.

Llevaba puesta una camiseta blanca sin mangas, ceñida, y tenía el brazo apoyado en la puerta. Mis ojos se desviaron enseguida al tatuaje del bíceps, que decía «Lucky», afortunado. Su pelo estaba mojado, y los pantalones le quedaban muy bajos y dejaban al descubierto la cinturilla de sus bóxers blancos. Sus ojos fríos y grises me miraban fijamente. Estaba para comérselo... para ser tan cabrón.

Yo me había quedado colgada, cuando de pronto le oí decir:

—¿Por qué me miras así?

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras tratando de recordar el aspecto que tenía la otra noche... como si te estuvieras muriendo por comerme a mí para la cena. —Se rió con sorna—. Y ¿por qué coño me guiñas el ojo?

Mierda. Cuando estaba nerviosa tenía un tic en el ojo y parecía que lo estaba guiñando.

—Solo es un tic. No seas tan creído.

Su expresión se volvió furiosa.

—¿Y por qué no lo iba a ser? El físico es lo único bueno que tengo, ¿recuerdas? Vale la pena que le saque partido.

Pero ¿de qué estaba hablando? Me quedé sin habla.

—¿Qué...? —siguió diciendo él—. ¿Hace demasiado calor aquí para ti?
—Y añadió con tono burlón—: te veo un poco sofocada.

Y me dedicó una sonrisa perversa.

Mierda.

Eran las mismas palabras que había utilizado hacía un rato cuando estaba hablando de él con Victoria por teléfono.

¡Ha estado escuchando la conversación!

El tic de mi ojo volvió a dispararse.

—Vuelves a guiñar el ojo —siguió diciendo Elec—. No me digas que te pongo nerviosa ¡Tendrías que verte la cara! El rojo te sienta muy bien.

Yo me di la vuelta enseguida para irme.

Y él gritó a mi espalda.

—Así estaremos conjuntados, con eso de que soy un demonio.

Elec se dedicó a comer con desgana sin decir palabra mientras yo miraba el piercing que tenía en el labio. Randy lo miraba con expresión de desdén. Mi madre volvió a llenar su vaso de vino más de una vez. Puf, nuestra versión particular de la tribu de los Brady.

Yo fingí estar concentrada en mis *tetrazzini*, pero no dejaba de pensar que Elec había oído lo que había dicho de él y por tanto ahora sabía que me atraía.

Mamá fue la primera en hablar.

—Elec, ¿qué te parece Boston por el momento?

—Pues teniendo en cuenta que aún no he ido a ningún sitio fuera de esta casa, me parece una puta mierda.

Randy dejó su tenedor sobre la mesa con un golpe.

—¿Es que no puedes demostrar ni un poco de respeto por tu madrastra?

—Eso depende. ¿Crees que ella podría dejar de mamar unos segundos? *Papá*, ya sabía que te habías casado con una puta, pero joder, ¿también borracha?

—Pero qué cabrón eres —escupió Randy.

Guau.

Randy me había vuelto a dejar alucinada con las palabras que usaba para hablarle a su hijo. Desde luego, Elec se estaba portando como un capullo, pero aun así me resultaba de lo más chocante oír ese tipo de vocabulario salir de la boca de mi padrastro.

Elec echó la silla hacia atrás, tiró la servilleta sobre la mesa y se levantó.

—Yo ya estoy. —Me lanzó una mirada—. Los tetizzini o como coño se llamen estaban muy buenos, *hermanita*.

Y lo de «hermanita» lo dijo con sarcasmo.

Cuando dejó la mesa, el silencio era ensordecedor. Mi madre puso la mano sobre la de Randy, y yo me quedé pensando qué podía haber pasado entre Elec y su padre para que estuvieran así.

Me levanté en un impulso y me fui arriba. El corazón me latía a toda velocidad cuando llamé a la puerta de su cuarto. No contestó, así que giré lentamente el pomo y al abrir lo vi sentado en el borde de la cama, fumándose un cigarrillo de clavo. Llevaba puestos unos cascos y no me oyó ni me vio entrar. Me quedé en la entrada, mirándolo. Elec sacudía las piernas nervioso, con cara de frustración, derrotado. Al final, apagó el cigarrillo, pero enseguida cogió otro de su cajón.

—Elec —dije gritando.

Él se sobresaltó y se quitó enseguida los cascos.

—¡Joder! ¡Qué susto me has dado!

—Perdona.

Encendió el cigarrillo y señaló con el gesto la puerta.

—Vete.

—No.

Puso los ojos en blanco y meneó la cabeza lentamente, y entonces volvió a ponerse los cascos y dio una larga calada.

Me senté a su lado.

—Eso que fumas te matará.

—Perfecto —dijo mientras el humo le salía por la boca.

—No lo dices en serio.

—Por favor, déjame en paz.

—Vale, vale.

Salí de la habitación y volví abajo. Haberle visto tan abatido cuando no sabía que le estaba mirando me hizo reafirmarme aún más en mi de-

terminación de llegar a él de algún modo. Necesitaba saber si de verdad era tan capullo o solo era una pose. Cuanto peor se portaba conmigo, más ganas tenía yo de gustarle. Era un reto.

Volví a la cocina y le pedí a Randy el número del móvil de Elec. Lo grabé en mi agenda y luego le escribí un mensaje de texto.

Como no quieres hablarme, por eso te escribo.

Elec: ¿Cómo has conseguido mi número?

Greta: Tu padre.

Elec: Joder.

Decidí cambiar de tema y hablar de algo que no fuera Randy.

Greta: ¿Te ha gustado la pasta?

Elec: Añades una «l» y tendrás «plasta». Tu comida ha sido una plasta.

Greta: ¿Por qué eres tan borde?

Elec: ¿Y tú por qué eres tan plasta?

Menudo capullo. Así no íbamos a ningún lado. Tiré el móvil sobre la encimera y subí otra vez las escaleras. Ahora sí, me había tocado lo bastante la moral para que quisiera fastidiarle.

Abrí la puerta directamente, saltándome la parte de llamar, y me encontré a Elec sentado todavía en la cama, fumando. Me fui derecha al cajón, cogí su caja de cigarrillos y salí corriendo con ella.

Volví a mi cuarto sin parar de reír. Pero eso fue hasta que la puerta se abrió de golpe. Escondí enseguida los cigarrillos bajo la camiseta. Elec parecía a punto de matarme, aunque tengo que reconocer que el brillo asesino de sus ojos furiosos era de lo más sexy.

—Devuélvemelos —dijo apretando los dientes.

—No pienso hacerlo.

—Vaya que sí, porque si no te los voy a sacar yo mismo de debajo de la camiseta. Tú decides.

—En serio, ¿por qué fumas? Es malo para ti.

—No puedes presentarte en mi cuarto y quitarme mis cosas. Pero claro, de tal palo, tal astilla.

—¿De qué hablas?

—Pregúntale a tu madre —dijo por lo bajo, y extendió su brazo musculoso y tatuado—. Dame mis cigarrillos.

—No hasta que no me expliques por qué has dicho eso. Mi madre no le robó a Randy a tu madre. Ni siquiera se conocían cuando tus padres se divorciaron.

—Eso es lo que Randy quiere que creas. Seguramente tu madre también engañaba a tu padre, ¿a que sí? Pobre soplapollas.

—No llates soplapollas a mi padre.

—¿No? Y ¿dónde estaba mientras Sarah se tiraba a mi padre a espaldas de mi madre?

La sangre me hervía en las venas. Se iba a arrepentir de haber preguntado.

—A dos metros bajo tierra. Mi padre murió cuando yo tenía diez años.

Elec se quedó callado y se restregó las sienes con cara de frustración. Su tono se suavizó por primera vez desde que había llegado.

—Joder. No lo sabía, ¿vale?

—Me parece que estás dando muchas cosas por sentadas. Si te molestaras en hablar conmigo...

Elec casi parecía a punto de disculparse. *Casi*. Pero entonces sacudió la cabeza y volvió a ser el malvado Mister Hyde.

—Estoy bien jodido si tengo que hablar contigo. Devuélveme mis cigarrillos o los cogeré yo aunque tenga que arrancarte la camiseta.

Sentí que mi cuerpo entero hormigueaba cuando dijo aquello. ¿Qué demonios me estaba pasando? Una parte de mí se moría por que lo hiciera, por sentir sus manos ásperas tirando de la tela de mi camiseta y desgarrándola. Sacudí la cabeza para apartar aquel pensamiento y retrocedí mientras él se acercaba lentamente. Estábamos a solo unos centímetros. Podía notar el calor que emanaba de su cuerpo cuando se pegó contra mí y aplastó la caja de cigarrillos contra mi pecho. Al momento mis pezones

se convirtieron en puro acero. Nunca en mi vida me había sentido tan fuera de control, y recé en silencio para no reaccionar de una manera tan intensa ante él. Seamos sinceras. Mi cuerpo era un imbécil sin criterio. ¿Cómo podía desear tanto algo que lo odiaba?

El aliento le olía a clavo.

—Ese era el último paquete que me quedaba de esa marca. Los importan de Indonesia. Y aún no sé cómo comprarlos aquí. Si ahora ya piensas que soy un poco difícil, ni te imaginas cómo va a ser esta noche si no tengo mis cigarrillos.

—Son malos para ti.

—Y yo preocupado —dijo incómodamente cerca de mi boca.

—Elec...

Retrocedió unos centímetros.

—Mira, fumar es lo único que me ha dado un poco de paz desde que llegué a este antro. Te lo estoy pidiendo con educación. Por favor.

Su mirada se suavizó, y a cada segundo que pasaba mi resolución era más débil.

—Vale.

Su mirada siguió mi mano cuando la metí en el sujetador para coger los cigarrillos. Se los devolví, y al momento noté el frío que sustituía el calor de su cuerpo cuando se apartó y se fue hacia la puerta.

Pero, si pensaba que al devolverle los cigarrillos habíamos iniciado una tregua, me equivocaba.

Se volvió una última vez para mirarme, y la expresión de sus ojos ya no era tan amable. Era resentida.

—Esta me la vas a pagar.

3

El inicio de las clases fue exactamente como esperaba. Elec se comportaba como si no me conociera cada vez que coincidíamos en la misma clase o en la cafetería. Fuera a donde fuera, enseguida se formaba un corro de chicas a su alrededor, y se convertía en alguien popular sin tener que decir ni una palabra. Seguramente lo que menos me sorprendió de todo fue la reacción de Victoria.

—¿Crees que tengo alguna posibilidad?

—¿De qué?

—De tirarme a Elec.

—No me metas en esto, porfa.

—¿Por qué? Ya sé que no os lleváis bien, pero eres mi pasaporte para llegar a él.

—Pues a mí no me traga. No veo como podría ayudarte.

—Podrías invitarme a tu casa, arreglarlo todo para que coincidamos todos en la misma habitación. Y luego te vas y nos dejas solos.

—No sé. Me parece que no acabas de entender cómo es.

—Que sí, que ya sé que no os lleváis bien, pero ¿de verdad te molesta si trato de acercarme a él? A lo mejor podría ayudarte si al final acabamos saliendo.

—No creo que Elec sea de los que salen en serio con una chica.

—No..., él es de los que se tiran a la chica, y me parece perfecto. Yo me ofrezco encantada.

Mi corazón latía a toda prisa, y me odié por ello. Cada vez que Victoria sacaba el tema, me sentía terriblemente celosa. Era como estar librando en secreto una batalla conmigo misma. Y no podía decírselo a nadie. No sé que parte era la que me molestaba más. ¿Era la idea de que mi amiga y Elec follaran, de que ella pudiera tocarle y convertir en realidad mis más

oscuras fantasías? Eso me molestaba, desde luego, pero creo que lo que más me inquietaba era pensar que Elec pudiera conectar con alguien a un nivel más profundo mientras a mí seguía despreciándome.

Y no soportaba que eso me importara.

Saqué la mochila de la taquilla.

—Estás loca. ¿No podemos hablar de otra cosa?

—Vale. He oído que Bentley quiere pedirte que salgas con él.

Cerré la puerta de la taquilla de golpe al oír aquello.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Se lo dijo a mi hermano. Dice que quiere pedirte que vayáis al cine.

Bentley era uno de los pijos populares. Y no acababa de entender por qué se había interesado por mí, porque normalmente solo salía con chicas de su círculo. Aunque en realidad yo no formaba parte de ningún grupo, ni del de Bentley ni de ningún otro. Por un lado estaban los que eran como Bentley, de la zona rica de la ciudad. Luego estaban los alternativos. Estaban los alumnos que habían venido de otros países en el programa de intercambio. Los que eran populares solo porque eran guapos, estrafalarios o rebeldes (Elec). Victoria y yo formábamos un grupo aparte. Nos llevábamos bien con todo el mundo y no nos metíamos en líos. Pero, a diferencia de mi mejor amiga, yo era virgen.

Yo solo había tenido un novio, Gerald, y acabó rompiendo conmigo porque no le dejé ir más allá de tocarme las tetas. Corrió la voz de que era virgen y en el instituto algunos se reían de mí a mis espaldas. Aún lo veía de vez en cuando por los pasillos, pero en general trataba de evitarle.

Victoria hizo una pompa con el chicle.

—Bueno, pero si te pide que salgáis, podemos invitar a Elec. Él viene conmigo y tú vas con Bentley. Podríamos ir a ver esa peli nueva de terror.

—No, gracias, vivir con Elec ya es bastante terrorífico.

A la mañana siguiente, mis palabras volverían para acosarme. Me estaba preparando para ir a clase, cuando abrí el cajón de la ropa interior y vi que estaba vacío.

Me puse encima unos pantalones de yoga tipo militar y entré en la habitación de Elec hecha una furia cuando él se estaba poniendo una camiseta.

—¿Qué has hecho con mi ropa interior?

—No mola cuando alguien te quita tus cosas, ¿eh?

—Te cogí una caja de cigarrillos, pero la tuve menos de cinco minutos y te la devolví. ¡Tú te has llevado toda mi ropa interior! Es muy distinto.

No sé cómo podía haber pensado que no se iba a vengar. Últimamente no me había hecho ni caso y yo, tonta de mí, supuse que todo estaba olvidado.

Me puse a registrar sus cajones. Mi mano se apartó enseguida cuando tocó una tira de condones.

—Puedes buscar todo lo que quieras. No están aquí. No pierdas el tiempo.

—¡Como me las hayas tirado te vas a enterar!

—Había algunas bragas muy *sexys*. ¿Cómo iba a tirarlas?

—Eso es porque me han costado un riñón.

La ropa interior seguramente era lo único en lo que me permitía gastar. Absolutamente todo lo que compraba venía de una tienda de lencería *online* muy cara.

Cuando me arrodillé para mirar debajo de la cama, Elec se echó a reír.

—Vaya, se te ha metido el pantalón por la raja del culo.

Yo me levanté de un salto y apreté los dientes.

—Es lo que pasa cuando no tienes ni unas jodidas bragas que ponerte.

Me moría por tirarme del pantalón para sacarlo, pero eso solo habría empeorado las cosas. Me incorporé para mirarle.

Elec me miró de arriba abajo.

—Las recuperarás cuando esté preparado para devolvértelas. Y ahora si me perdonas... —dijo, y se fue corriendo escaleras abajo.

Ni siquiera me molesté en intentar detenerle. Ya sabía que no iba a ceder. De camino al instituto me pasé por Target y compré algunas bragas baratas para usarlas mientras encontraba la forma de recuperar las mías.

Ese día volví a casa muy nerviosa. Entre lo de la ropa interior y que Bentley me pidió que saliéramos, necesitaba desesperadamente un helado... y no un helado cualquiera, sino un helado casero de los que me preparaba de vez en cuando con la máquina que me habían regalado por Navidad el año anterior.

Eché todos los dulces que habían sobrado de Halloween y acabé con una deliciosa combinación de barritas de chocolate, caramelo y coco con base de vainilla.

Cuando terminé de prepararlo, me senté a la barra de la cocina con mi cuenco gigante y cerré los ojos mientras saboreaba cada bocado.

Oí que la puerta de la calle se cerraba de un portazo y al poco Elec entró en la cocina. El olor a cigarrillos de clavo y colonia flotaba en el aire. No soportaba ese olor.

Adoro ese olor, quiero fundirme en él.

Como de costumbre, Elec no me hizo ni caso. Fue hasta la nevera, cogió la leche y se puso a beber directamente del cartón. Vio mi helado, se acercó a la barra y me quitó la cuchara de la mano. Se la metió en la boca y se zampó el helado. El metal del piercing del labio chocaba contra la cucharilla, y la lamió con fuerza hasta que quedó limpia. Yo estaba hecha un manojo de nervios. Luego Elec me devolvió la cuchara. Su lengua apareció levemente entre los dientes, como si fuera una serpiente. Jo, hasta los dientes los tenía sexys.

Abrí el cajón, cogí otra cuchara y se la di. Y los dos nos pusimos a comer del cuenco sin decir nada. Una cosa tan simple, y sin embargo el corazón me iba a mil. Era la primera vez que me concedía voluntariamente el honor de honrarme con su compañía.

Al final, a mitad de un bocado, me miró.

—¿Qué le pasó a tu padre?

Me tragué el helado y traté de contener la emoción. La pregunta me pilló desprevenida. Dejé la cuchara contra el cuenco.

—Murió de cáncer de pulmón a los treinta y cinco. Fumaba desde que tenía doce años.

Elec cerró los ojos y asintió como si comprendiera. Era evidente que había entendido por qué me afectaba tanto que fumara.

Pasaron unos segundos, y estaba mirando al cuenco cuando dijo:

—Lo siento.

—Gracias.

Los dos seguimos comiendo helado hasta que no quedó nada. Elec cogió el cuenco, lo lavó en el fregadero, lo secó y lo guardó. Y se fue a su cuarto sin decir nada más.

Yo me quedé en la cocina un rato más, repasando aquel extraño encuentro. Su interés por mi padre me había sorprendido. También pensé

en el momento en que Elec había lamido mi cuchara y en lo que sentí cuando la lamí yo después.

El teléfono sonó. Un mensaje de texto de Elec.

Gracias por el helado. Estaba muy bueno.

Cuando volví a mi cuarto, encontré unas braguitas perfectamente dobladas en mi armario. Si esa era su manera de tenderme una rama de olivo, no sería yo quien la rechazara.

El Elec «amable» duró muy poco. Unos días después de nuestro bonito encuentro ante el helado, se presentó en el café donde yo trabajaba después de clase, justo en la hora punta. El Kilt Café estaba en la misma calle que el instituto, y servía cosas como sándwiches, ensaladas y café.

Y por si no era ya bastante malo que se presentara allí, se había traído a la que seguramente era la chica más guapa del instituto. Leila era una rubia platino con pechos altos y firmes. Justo lo contrario que yo. Yo tenía un físico más propio de una bailarina o una gimnasta. Mi melena rubio-rojiza era lisa y sencilla, en contraposición con la melena voluminosa al estilo tejano de ella. Por su aspecto cualquiera habría pensado que era una zorra, pero en realidad era una chica muy maja.

Leila saludó.

—Hola, Greta.

—Hola —dije mientras dejaba sus menús sobre la mesa.

Elec me miró fugazmente, pero ya vi que prefería evitarme. Supongo que no sabía que yo trabajaba allí, o al menos yo no se lo había dicho.

Sentí una punzada de celos cuando vi que rodeaba las piernas de Leila con las suyas por debajo de la mesa.

No estaba muy segura de que ella supiera que Elec era mi hermanastro. Yo no hablaba de él con la gente del instituto, y supuse que él tampoco hablaría de mí.

—Os dejo unos minutos para que os lo penséis —dije, y volví a la cocina.

Mientras les espiaba, vi que Leila se incorporaba y le plantificaba un beso en la boca. Me puse mala. Le cogió el aro del labio entre los dientes. Habría jurado que estaba ronroneando. *Brrrr*. Nunca en mi vida había tenido tantas ganas de desaparecer.

Volví a la mesa de muy mal humor.

—¿Ya habéis decidido lo que vais a tomar?

Elec miró a la pizarra donde aparecían los platos del día y sonrió con sorna.

—¿Cuál es la sopa del día?

El muy cabrón.

—Pollo.

—No. Eso no es lo que pone ahí.

—Es lo mismo.

—¿Cuál es... —repitió Elec— la sopa... del día?

Yo me lo quedé mirando un momento y apreté los dientes.

—Sopa «Cock-a-leekie».*

El dueño del café era de Escocia y por lo visto aquello era un plato de su tierra.

Él me dedicó una sonrisa traviesa.

—Gracias. Tomaré la sopa de *polla*. ¿Leila?

—Yo quiero la ensalada verde —dijo ella mirándonos al uno y al otro con expresión confundida.

Yo me lo tomé con calma y tardé un rato en llevarles la comida. Me daba igual si la sopa se enfriaba.

Unos minutos después, Elec levantó el índice para indicarme que me acercara.

—¿Sí? —resoplé.

—Esta *polla* pierde. Está floja y fría. ¿Podrías llevártela y decirle al cocinero que le falta sabor?

Parecía que estaba conteniendo la risa. Leila no decía nada.

Me llevé la sopa a la cocina y la tiré de mala manera en el fregadero junto con el cuenco de cerámica. Pero en vez de hablar con el cocinero, de

* Cock-a-leekie: Sopa tradicional escocesa hecha con puerros, patatas y caldo de pollo. El personaje juega con la palabra «cock», que además de «pollo», también es una forma coloquial de referirse al pene. (*N. de la T.*)

pronto se me encendió la lucecita y decidí encargarme de aquello personalmente. Cogí el cucharón y serví más sopa en otro cuenco. Abrí una botella de salsa picante y le eché una cantidad más que generosa.

Aquello estaría ardiendo en más de un sentido. Volví a salir y la dejé con cuidado ante Elec.

—¿Algo más?

—No.

Me volví a la cocina y esperé en el rincón para ver qué pasaba. La expectación me estaba matando. La lengua se le iba a caer en cuanto probara mi especialidad.

Elec comió la primera cucharada. No reaccionó.

¿Cómo puede ser?

Comió una segunda cucharada y sus ojos me buscaron. Su boca se curvó en una sonrisa y entonces cogió el tazón y se puso a beber como si fuera un vaso. Se limpió la boca con el dorso de la mano, le susurró algo a Leila y se levantó.

Leila estaba de espaldas cuando él se acercó a mí y me agarró del brazo. Me arrastró a la fuerza al pasillo oscuro que llevaba a los servicios.

Me empujó contra la pared.

—Te crees muy lista ¿eh? —El corazón me golpeaba con fuerza en el pecho. No me salían las palabras, así que meneé la cabeza—. Muy bien, pues la bromita la vas a pagar muy cara.

Y antes de que pudiera responder, me sujetó la cara con las dos manos y me puso los labios en la boca con fuerza. El metal del anillo que llevaba en el labio me rozó la piel cuando me la abrió furioso con la lengua y se puso a besarme con violencia. Yo gemí, confusa pero también excitada por aquel repentino asalto. Mi cuerpo se sacudía. Elec olía genial. Sentía que me iba a desmayar por la sobrecarga sensorial.

A los pocos segundos, el calor de la salsa picante de su lengua empezó a penetrar en la mía y noté que me quemaba. Pero, aunque me sentía como si la lengua se me fuera a caer, por nada del mundo hubiera querido que la sacara.

Nunca me han besado así.

Entonces, sin más, se apartó.

—¿Todavía no has entendido que es mejor que no me toques los huevos?

Elec se fue y yo me quedé jadeando en el pasillo con la mano en el pecho.

Jo-der.

La boca me ardía, junto con todos los demás orificios del cuerpo. La zona entre los muslos me palpitaba. Cuando conseguí recuperarme lo bastante para salir, me di cuenta de que en algún momento tendría que llevarles la cuenta.

Decidí terminar con aquello y me fui con el portafacturas de cuero a su mesa, y lo dejé delante de Elec sin establecer contacto visual.

Oí que le decía a Leila que lo esperara fuera, que él se ocupaba. Se metió la mano en el bolsillo y dejó algo en el portafacturas, y al poco se fue.

Seguramente ni siquiera me habría dejado propina. Abrí el portafacturas y me quedé de piedra porque, junto con un billete de veinte dólares, encontré mi tanga favorito de blonda negra y una nota escrita en la cuenta:

Quédate el cambio, o mejor, cámbiate y pónitelo, porque me parece que lo que llevas puesto debe de estar un poco mojado.